La aventura de Walter Schnaffs

A Roberto Pinchon.

Desde que entrara en Francia con el ejército invasor, Walter Schnaffs se juzgaba el más desdichado de los hombres. Era grueso, andaba con dificultad, padecía mucho, y sobre todo de los pies, que tenía muy planos y muy gordos.

Era un sér pacífico y benévolo, ni magnánimo ni sanguinario, padre de cuatro hijos que adoraba, y marido de una rubia de la que cada noche echaba á menos las caricias, los cuidados y los besos. Gustaba de levantarse tarde y acostarse temprano, comer lentamente buenos guisos, y beber cerveza en las cervecerías. Pensaba además que todo lo bueno de la existencia desaparece con la vida, y sentía un

odio espantoso, instintivo y razonado á un tiempo, contra los cañones, los fusiles, los revólvers y los sables, pero sobre todo contra las bayonetas, pues se sentía incapaz de manejar bastante vivamente aquella arma rápida para defender su gran barriga.

Cuando se acostaba en el suelo por la noche, envuelto en su capote al lado de los camaradas que roncaban, pensaba largo rato en los suyos que había dejado allá abajo y en los peligros sembrados en su camino. «¿Qué sería de los pequeñuelos si le mataban? ¿quién les criaría, quién les alimentaría y educaría? En aquella hora poco dinero debían tener á pesar de las deudas que contrajera para dejarles algo al marchar. Walter Schnaffs lloraba algunas veces.

Al principio de las batallas sentía tal debilidad en las piernas que se hubiera dejado caer á no pensar que sus mismos compañeros le pisarían. El silbido de las balas le ponía los pelos de punta.

Hacía meses que vivía así aterrorizado y angustiado.

Su cuerpo de ejército se adelantaba hacia Normandía. Un día fué enviado de descubierta con un pequeño destacamento encargado de explorar una

parte de aquella comarca y replegarse en seguida. Todo parecía tranquilo en la campiña. Nada indicaba que se hubiera preparado la resistencia.

Mientras los prusianos bajaban con calma un pequeño valle cortado por profundas torrenteras, estalló un violento fuego de fusilería que les hizo detener y mató á una veintena de ellos; y un destacamento de franco-tiradores, saliendo impensadamente de un bosque, acometió á la bayoneta.

Walter Schnaffs permaneció inmóvil de momento, de tal modo sorprendido y desesperado, que no acertaba siquiera á huir. Luego le acometió un deseo loco de escapar; pero pensó en seguida que corría como una tortuga en comparación de los franceses enjutos y ágiles que llegaban saltando como un rebaño de cabras. Entonces, viendo á seis pasos delante de él un ancho foso lleno de zarzas cubiertas de hojas secas, saltó á pies juntos dentro, sin pensar siquiera en la profundidad que podía tener, como se salta desde un puente á un río.

Pasó como una flecha á través de una espesa capa de lianas y zarzas que le desgarraron manos y cara, y cayó pesadamente sentado sobre un montón de piedras.

Levantando la vista vió el cielo por el agujero

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

que había hecho. Aquel agujero podía denunciarlo y se adelantó con precaución gateando por el fondo de aquella torrentera bajo la techumbre de plantas entrelazadas, yendo lo más aprisa posible y alejándose del lugar del combate. Luego se detuvo y se sentó de nuevo acurrucado como una liebre entre altas hierbas secas.

Durante algún rato oyó detonaciones, gritos y quejas. Después los clamores de la lucha se debilitaron, cesaron. Todo permaneció mudo y callado.

De pronto, algo se movió junto á él. Tuvo un sobresalto espantoso. Era un pajarillo que se había posado en una rama y agitaba las hojas muertas. Durante cerca de una hora el corazón de Walter Schnaffs latió arrebatadamente.

Llegaba la noche llenando de sombra la quebrada. El soldado reflexionó. ¿Qué iba á hacer? ¿qué le iba á ocurrir? Debía reunirse á su ejército, ¿pero de qué manera? ¿por dónde? Y debería volver á empezar su horrible vida de angustias, de sustos, de fatigas y sufrimientos que llevaba desde el principio de la guerra. ¡No, no se sentía con valor para ello! Conocía que se le había acabado la energía que le era precisa para soportar las marchas y arrontar los peligros incesantes.

¿Pero qué hacer? No podía permanecer en aquel barranco y ocultarse en él hasta que acabaran las hostilidades. Ciertamente que no. Si hubiera tenido qué comer, aquella perspectiva no le aterrara, pero le era necesario comer todos los días, y allí no había comida.

Estaba solo, armado, vestido de uniforme en territorio enemigo, lejos de los que podían defenderle.

Se estremecía de pies á cabeza.

De repente pensó: «Si por lo menos me cogieran prisionero.» Y su corazón se estremeció de deseo, de un deseo vehemente, inmoderado, de ser prisionero de los franceses. ¡Prisionero! estaría á salvo, alimentado, alojado, al abrigo de balas y sables, sin temor ninguno en una buena prisión bien custodiada. ¡Prisionero! ¡Qué ensueño!

Tomó inmediatamente una resolución: «Voy á constituirme prisionero.»

Se levantó resuelto á ejecutar tal proyecto inmediatamente. Pero permaneció inmóvil, asaltado de pronto por reflexiones molestas y por nuevos terrores. ¿A dónde iría á presentarse? ¿Cómo? ¿Hacia qué lado? E imágenes espantosas, imágenes de muerte aparecieron en su mente.

Iba á correr peligros terribles, aventurándose sólo con su puntiagudo casco á través de la campiña.

¿Y si encontraba aldeanos? Viendo á un prusiano extraviado, á un prusiano sin defensa, le matarían como á un perro. ¡Le matarían con las horcas, con las hoces, con las palas, con los picos! Le convertirían en picadillo con el encarnizamiento que en tales casos usan los vencidos.

¿Y si encontraba á los franco-tiradores? aquella gente sin ley ni disciplina le fusilarían por diversión, por pasar una hora, para reir viendo la facha que haría. Y se creía ya apoyado contra una pared enfrente de doce cañones de fusil, cuyos agujeritos redondos y negros parecieran mirarle.

¿Y si encontraba el ejército francés? Los hombres de la vanguardia le tomarían por una descubierta, por algún soldado atrevido que había salido de reconocimiento y dispararían contra él. Y le parecía sentir las detonaciones irregulares de los soldados tendidos entre la maleza, mientras él, de pie en el centro de un campo, se desplomaba agujereado como una espumadera por las balas que sentía entrar en su carne.

Se sentó de nuevo desesperado. Su situación le parecía sin salida.

Era de noche, una noche callada y negra. No se movía, estremeciéndose á cada uno de esos ruidos extraños y ligeros que se oyen en el campo. Un conejo, dando un golpe con las patas de atrás en el suelo, dió un susto tremendo á Walter Schnaffs. Los gritos de los mochuelos le desgarraban el alma infundiéndole súbitos miedos, dolorosos como una herida. Dilataba sus grandes ojos para procurar ver en la sombra imaginando á cada instante que alguien andaba junto á él.

Después de interminables horas y angustias sin cuento, advirtió á través de la techumbre de ramaje que amanecía. Entonces sintió un gran alivio. Estiró los miembros que le parecieron menos pesados, se tranquilizó su corazón, se le cerraron los ojos y se durmió.

Al despertar, el sol le pareció haber llegado á la mitad de su carrera; debía ser medio día. Ningún ruido turbaba la paz abrumadora de los campos y Walter Schnaffs notó que tenía un hambre tremenda. Bostezaba haciéndose la boca agua al pensar en el salchichón, en el rico salchichón de los soldados; y el estómago le dolía.

Se levantó, dió algunos pasos, sintió que le flaqueaban las piernas y se volvió á sentar para refle-

xionar. Durante dos ó tres horas aun pesó el pró y el contra, cambiando á cada instante de resolución, indeciso, apenado, solicitado por contrarias resoluciones. Una idea sola le pareció por fin lógica y práctica, la cual consistía en acechar el paso de un aldeano solo, sin armas y sin herramientas peligrosas, correr hacia él y entregarse en sus manos, haciéndole comprender que se rendía.

Se quitó el casco cuya punta podía denunciarle y sacó la cabeza con precauciones infinitas por encima de la torrentera.

Nadie aparecía por allí. A la derecha un pueblecillo enviaba al cielo sus humaredas, ¡el humo de las cocinas! A la izquierda, al extremo de una avenida de árboles, había una gran quinta flanqueada de torrecillas.

Esperó hasta la tarde, sufriendo horriblemente, viendo bandadas de cuervos y oyendo las sordas quejas de sus entrañas.

Anocheció de nuevo. Se tendió en el fondo de su escondrijo y durmió con sueño febril lleno de pesadillas, con el sueño del hombre hambriento.

De nuevo amaneció y se puso en observación otra vez; pero la campiña permanecía desierta como la víspera, y un miedo de nueva especie se apode-

raba de Walter Schnaffs, el miedo de morir de hambre. Se veía ya tendido de espaldas en aquel sitio con los ojos cerrados. Luego, animaluchos de toda especie, bestezuelas de todas clases se acercaban á su cadáver, y empezaban á comerle atacándole por todos los lados á la vez, deslizándose bajo su traje para morder su piel fina. Un gran cuervo le comía los ojos con su pico afilado.

Entonces enloqueció imaginando que iba á desmayarse de debilidad y á no poder andar.

Aprestábase á lanzarse hacia la aldea resuelto á todo, cuando vió á tres aldeanos que se dirigían al campo con las horcas al hombro, y volvió á esconderse.

Pero apenas obscureció salió lentamente del barranco y se puso en camino, encorvado, temeroso, latiéndole el corazón, hacia la quinta lejana, prefiriendo entrar allí antes que en el pueblo, que le parecía temible como una guarida de tigres. Brillaban las ventanas de la puerta baja y una de ellas estaba abierta. Un fuerte olor á carne asada se escapaba por ella, un olor que penetró bruscamente en la nariz y hasta el estómago de Walter Schnaffs que le crispó, le hizo anhelar y le atrajo irresistiblemente, infundiéndole una audacia desesperada.

Y de pronto, sin reflexionar, apareció con el casco puesto en el vano de la ventana.

Ocho criados comían alrededor de una gran mesa. De pronto una de las sirvientes quedó con la boca abierta y dejó caer el vaso mirando despavorida. ¡Todas las miradas siguieron la suya!

¡El enemigo había llegado!

¡Señor, los prusianos atacaban la quinta!

Resonó un grito, un solo grito compuesto de ocho lanzados en diferentes tonos, un grito de horrible espanto, luego un tumulto, unos empujones, una huida desesperada hacia la puerta del fondo. Caían las sillas, los hombres pisoteaban á las mujeres y pasaban por encima. En dos segundos quedó el comedor vacío, abandonado, con la mesa cubierta de manjares enfrente de Walter Schnaffs, estupefacto en pie ante la ventana.

Después de unos instantes de vacilación saltó el alféizar y se adelantó hacia la mesa. El hambre le hacía temblar como un calenturiento; pero todavía el terror le contenía y paralizaba. Escuchó. La casa entera parecía estremecerse; cerrábanse las puertas, pasos rápidos corrían por el piso superior. El prusiano escuchaba con inquietud aquellos confusos rumores. Luego oyó ruidos sordos como si

algunos cuerpos cayeran en la tierra blanda al pie de las paredes, cuerpos humanos que cayeran del primer piso. Luego cesó todo movimiento y agitación y la vasta quinta quedó silenciosa como una tumba.

Walter Schnaffs se sentó delante de un plato que no había sido aún tocado, y empezó á comer. Comía á grandes bocados como si temiera que le interrumpiesen sin dejarle engullir bastante. Con ambas manos echábase las tajadas á la boca, abierta como una trampa, y los alimentos le bajaban al estómago hinchando de paso su garganta. A veces se interrumpía á punto de reventar como un saco demasiado lleno. Entonces tomaba la jarra de la sidra y se limpiaba el esófago como se limpia un conducto obstruído.

Vació todas las fuentes y platos y todas las botellas, y después, borracho de líquido y comida, embrutecido sacudido, por el hipo, turbada la inteligencia y la boca pastosa, se desabrochó el uniforme para resoplar, incapaz de dar un paso. Cerrábansele los ojos, confundíansele las ideas; puso su pesada frente en los brazos cruzados sobre la mesa y perdió suavemente la noción de las cosas y de los hechos.

La luna menguante alumbraba vagamente el horizonte sobre los árboles del parque. Era la hora fría que precede al día.

Algunas sombras se deslizaban sin ruido entre los grupos de árboles y arbustos; y á veces, un reflejo de luna hacía relucir en la sombra una punta de acero.

La quinta tranquila, erguía su gran silueta negra. Unicamente dos ventanas brillaban aún en la planta baja.

De pronto una voz atronadora gritó:

—¡Adelante! ¡Ira de Dios! ¡al asalto! ¡hijos míos!

Entonces en un instante las puertas, las hojas de las ventanas, los cristales se hundieron bajo una oleada de hombres que se abalanzó rompiendo y destrozándolo todo. En un instante cincuenta soldados armados hasta los dientes llegaron hasta la cocina donde descansaba pacíficamente Walter Schnaffs y apuntándole cincuenta fusiles, le derribaron, le hicieron rodar por el suelo, le aprisionaron y le ataron de pies y manos.

Se estremecía asombrado, harto atontado aún para comprender lo que ocurría, recibiendo golpes é injurias medio loco de miedo.

De pronto un militar grueso cubierto de galones de oro, le puso el pie en el vientre vociferando:

—¡Es usted mi prisionero, ríndase!

El prusiano sólo entendió la palabra «prisionero» y gimió: «*ya, ya, ya*».

Le levantaron atado á una silla, y sus vencedores, que resoplaban como focas, le examinaron con gran curiosidad. Muchos se sentaron, no pudiendo con su emoción y con su fatiga. El prusiano sonreía beatíficamente, seguro de que al fin era prisionero.

Otro oficial entró y dijo:

—Mi coronel, el enemigo ha huído, parece que se lleva varios heridos. Somos dueños de la quinta.

El militar rechoncho, que se enjugaba la frente, vociferó:

—¡Victoria!

Y escribió en una libretita comercial las siguientes líneas:

«Después de una lucha encarnizada, los prusianos han tenido que retirarse llevándose á sus muertos y heridos, que se calculan serán unos cincuenta. Hemos hecho muchos prisioneros.»

El oficialillo preguntó:

—¿Qué medidas he de tomar, mi coronel?

El coronel contestó:

—Vamos á replegarnos para evitar que vuelva el enemigo con artillería y fuerzas superiores—y dió orden de partir.

La columna volvió á formar en la sombra junto á las tapias de la quinta, y se puso en movimiento en derredor de Walter Schnaffs, agarrotado é inmovilizado por seis guerreros revólver en mano.

Se enviaron descubiertas para reconocer el camino; se adelantaba con prudencia, haciendo alto de cuando en cuando.

Al amanecer se llegaba á la subprefectura de la Roche-Oysel, cuya guardia nacional había realizado aquel alto hecho de armas.

La población ansiosa y sobrexcitada esperaba. Cuando advirtieron el casco del prisionero, estalló un clamor formidable. Las mujeres levantaban los brazos, las viejas lloraban, un anciano tiró su cayado al prusiano é hirió en la nariz á uno de sus guardianes.

El coronel vociferaba:

—¡Que nadie toque al prisionero!

Por fin se llegó á la casa-ayuntamiento. El calabozo fué abierto, y Walter Schnaffs echado dentro sin ligaduras. Doscientos hombres armados guardaban el edificio.

Entonces, á pesar de los síntomas de indigestión que desde hacía unas horas le atormentaban, el prusiano, loco de alegría, empezó á bailar, á bailar desesperadamente, levantando brazos y piernas, lanzando gritos frenéticos hasta el instante en que cayó extenuado en un rincón.

¡Estaba prisionero! ¡Salvado! De tal manera la quinta de Champignet fué vuelta á tomar al enemigo, después de seis horas de ocupación únicamente.

El coronel Ratier, negociante en paños, que cumplió tal hazaña á la cabeza de la guardia nacional de la Roche-Oysel, fué condecorado.